

La burocratización de las universidades, un camino hacia la barbarie

MARÍA ALBA PASTOR

Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Una mirada a la historia nos revela que el pensamiento universal es aquel que supera la duración de lo efímero, rebasa la fácil descripción, va más allá de las simples observaciones; es aquel que trasciende las superficies y quiere encontrar las esencias, lo que se oculta a la vista, lo que se arrastra por largos tiempos; es aquel que pretende resolver los grandes problemas, evitar las catástrofes, construir los futuros proyectos. El pensamiento universal es un deseo que aparece en la filosofía de Aristóteles y se proyecta a lo largo de la vida del llamado "mundo occidental". Las universidades son, por definición, los lugares destinados a la realización de este deseo. Las universidades son los lugares que las sociedades le otorgan a la reflexión, al análisis, la crítica, los descubrimientos. Las universidades son los lugares que las urbes le conceden a la creatividad, al despliegue de la imaginación, a la construcción de las ciencias. Para cumplir con todos estos fines y desarrollar el pensamiento uni-

versal lo único que necesitan las universidades son "sabios" (profesores-investigadores-discípulos), útiles de trabajo y un clima que permita la efectiva vinculación entre ambos.

Las universidades de nuestros días se contraponen al sentido original que encierran tanto la idea de la formación de un pensamiento universal como el concepto de universidad misma. Esencialmente esta contraposición es el resultado de la entrada de agentes mediadores entre los profesores-investigadores-discípulos y sus útiles de trabajo; de agentes que tienden a distorsionar la genuina función de las universidades. Por lo pronto me referiré a uno de ellos, probablemente el más importante en la universidad de hoy. Este agente está integrado por un conjunto de empleados especializados en la administración al que llamamos burocracia universitaria.

Hasta hace alrededor de cuatro décadas la burocracia universitaria tenía la función de administrar, esto es, de procurar los recursos materiales para la realización de las tareas académicas, de acuerdo con los lineamientos establecidos por los órganos

de autoridad. Entonces la burocracia tenía una presencia numérica muy reducida y su injerencia en la planeación o supervisión de las acciones era nula. Desde los años sesenta, como efecto del aumento de la población estudiantil en las universidades, la burocracia creció en forma irracional y ocupó un espacio importante, tanto en los edificios como en las nóminas. Estos espacios pronto se convirtieron en espacios de poder, al asumirse en ellos las tareas de programar, planear, supervisar, controlar, e incluso, dirigir un conjunto de actividades que se fueron inventando e imponiendo como útiles y necesarias. Así, la administración de los recintos universitarios se expandió como los tentáculos de un pulpo, para presenciar e incluso intervenir en la toma de las decisiones de aquello que puede enseñarse, investigarse o difundirse.

Pero la paradoja de nuestras universidades es que muchos de los altos mandos de esta burocracia estén en manos de profesores-investigadores-discípulos que en otro momento fueron las promesas de artistas o científicos. La perversa estructura de



nuestras actuales universidades no sólo arranca al profesor-investigador-discípulo de su actividad original, sino que, al sumergirlo en una densa maquinaria, lo somete a una lenta e inevitable modificación de aquella conducta creativa y científica que algún día había despuntado. Podríamos decir que el "sabio", tenga o no tenga puesto, se contamina y corrompe aceptando ese sistema burocrático de valores que troca la libertad por la obediencia, la creatividad por la funcionalidad, la crítica por el disimulo, la discusión por la negociación, la verdad por el silencio y, por si fuera poco, el tiempo destinado a la ilustración por un tiempo que se consume en las diarias trivialidades que se atienden en el interior de una oficina. El clima de trabajo de la burocracia trasciende los despachos e interviene brutalmente en las aulas, las bibliotecas, los laboratorios, talleres y cubículos, imponiendo su ritmo cansado, desapasionado y torpe, su ignorancia, y su amor a lo establecido.

Las conductas consumistas, despreocupadas del acontecer social, conformistas y acríticas, las conductas propias de los empleados públicos, de las clases medias o de la ociosidad, no corresponden a la naturaleza inquieta, curiosa e inconforme del prototipo de profesor-investigador-discípulo y, sin embargo, frecuentemente observamos estas conductas en nuestras universidades. A esto contribuyen la burocracia y la burocratización.

La actitud conformista y acrítica no sólo se ha impuesto como clima, la burocracia también ha llevado consigo a las universidades la corrupción y el tráfico de influencias. Para nadie es novedoso saber que desde los altos mandos de la burocracia es posible hacer que una recomendación se

tome en cuenta, que se favorezca más a aquellos que le dieron su apoyo al director en la campaña, que las plazas académicas se abran en las áreas en las que trabajan los amigos y que los premios y distinciones nunca se los lleven "los enemigos".

La perversión de las funciones universitarias alcanza extremos lamentablemente graves si se piensa que en este proceso los académicos aceptan a tal grado el pensamiento de la burocracia que incluso llegan a envidiar sus puestos y compartir sus gustos: cambiar el automóvil cada dos años, viajar con la familia a *Disney World*, vestirse con ropa de marca, comer una vez a la semana en *McDonalds*...

Si las universidades son los centros privilegiados que las sociedades reservan para generar nuevas ideas, los maestros-investigadores deberían tener resuelto el problema de su diaria sobrevivencia. El asunto de los salarios no tendría que distorsionar, entorpecer o retirar al académico de sus reflexiones e indagaciones. No obstante, en las condiciones actuales,

la burocracia le ha impuesto al trabajador académico la necesidad de mendigar o pelear su salario con primitivos métodos conductistas de premio-castigo y complicadas y ridículas gestiones burocráticas. De esta forma, la burocracia crece y alcanza o supera en número a los trabajadores académicos. También controla y dirige. Por este camino, además de la "fuga de cerebros" y el "multichambismo", los puestos de director, coordinador y jefe se convierten en aspiración de no pocos profesores e investigadores, al ser mejor remunerados, y al significar un reconocimiento y poder que difícilmente es alcanzable por la vía de la docencia o la investigación.

El pensamiento burocrático se ha introducido en los centros de educación superior. Sujetos a un salario raquítico pero "fijo", los profesores-investigadores —salvo contadas excepciones— no sienten el peso de la competencia que impone el difícil mercado de la ciencia y la cultura. Tampoco sienten el deber de generar mercancías o aportar conocimientos





que puedan ser difundidos a sectores amplios de la población. Ante ello, se ha sostenido que las actividades que se realizan en las universidades no deben estar sujetas a los mezquinos juegos del intercambio. Si bien la urgencia de venta, la ambición económica, los deseos de alcanzar la fama o el reconocimiento, y tantas otras intenciones, son contrarias a los fines humanísticos y científicos; el seguro de vida que ofrecen las universidades a sus trabajadores más bien los adormece.

La naturaleza del "sabio" es distinta a la de otros grupos y clases sociales. El salario que la sociedad debe destinar a la reflexión, la crítica, la creatividad y el conocimiento, ubica al que lo recibe en una situación de excepción, en una condición particular, que necesariamente se aparta de las conductas cotidianas de otros grupos sociales. Por eso, a los ojos del común de la gente, el "sabio" se ve extravagante o raro. Pero, bien valdría la pena averiguar si la

naturaleza propia del "sabio" se conserva hoy. Tal búsqueda podría empezar revisando en dónde se producen las ideas innovadoras, en dónde se formulan las grandes preguntas, en qué lugar está localizada la creatividad de la sociedad. En las universidades todo esto se presenta en una medida muy reducida, si lo comparamos con otros ambientes, como la bohemia, las empresas privadas y algunos centros del sector público.

En las tres últimas décadas, la vida académica de los centros de enseñanza superior ha ofrecido poco a la reflexión y la solución de los grandes problemas sociales. Probablemente esto ha sido más visible en el caso de las humanidades que en el caso de las ciencias. Las obras leídas, consultadas y valoradas por la parte más ilustrada e informada de la sociedad, generalmente corresponden a la de artistas, escritores, historiadores, periodistas, analistas políticos, juristas y psicólogos que no son trabajadores académicos.

Para producir con excelencia, para generar conocimientos innovadores, para preparar profesionistas de alto nivel, los trabajadores de la academia requieren un conjunto de circunstancias positivas que les permitan compenetrarse con los problemas, los asuntos o los objetos elegidos para su estudio. Aquellos que trabajan en forma libre o aquellos que alcanzan altos salarios en las empresas, se ven fuertemente presionados por el hecho de saber que de la factura y calidad de la mercancía que ofrecen depende su sobrevivencia. Así, ya sea por no contar con un empleo o por tener uno bueno que no se quiere arriesgar a perder, la presión de la sobrevivencia está permanentemente colocada como la espada de Damocles.

Lo anterior nos lleva a pensar que estas condiciones propician una relación directa con el objeto que se estudia, con la materia prima que se quiere transformar. En cambio, cuando existe una plaza ganada de por vida con pocas posibilidades de cese o despido, esto es, cuando existe la definitividad en el empleo, el objeto de estudio queda relegado a un segundo término. Las relaciones laborales con las universidades tendrían que plantearse con mayor claridad y ventaja para ambas partes. Las universidades deben garantizar la digna sobrevivencia de aquellos que aportan algo a la ciencia y la cultura —lo cual no significa concederles una definitividad antes de los 25 años de labores— y los profesores - investigadores - discípulos deben garantizar que éstos sean realmente los centros generadores de los nuevos conocimientos, las nuevas ideas, la crítica, la creatividad y la imaginación.

Hemos dicho antes que la naturaleza social del "sabio" es distinta a





la de otros grupos y que el asunto del salario no debería perturbar sus reflexiones e indagaciones, a lo cual ahora podríamos añadir que para conservar las instituciones de educación superior es necesario retirar de ellas a todo aquel que deje de informarse, preguntarse, dudar y ser creativo, o sea, a todo aquel que se burocratice.

La burocratización de las universidades también se encuentra en la acusada tendencia a la desaparición de la vida colegiada. Si las universidades están hechas para trascender lo particular, lo superficial, lo pobre, lo estrecho, lo simple, lo común, resulta de primera importancia contar con un ambiente que le permita al "sabio" "apasionarse" por su materia de estudio, contar con el tiempo suficiente para indagar en torno a los problemas que le preocupan, transmitir

y someter a crítica sus avances y resultados entre sus alumnos y colegas, y polemizar con ellos. De no ser así, los temas de investigación se individualizan, se multiplican o dispersan, restándole posibilidades a la profundización, la riqueza, la amplitud y la complejidad intrínseca del conocimiento científico y la sensibilidad artística.

El sistema de premios y castigos, la condición subalterna en la que se ubica el profesor-investigador-discípulo frente al burócrata, y la ejecución de todas las labores de la academia por cuerpos de empleados "especializados", anulan las posibilidades de realización de los fines universitarios, esto es, de la vinculación directa entre el "sabio" y la materia de estudio. Cuanto mayor es la burocracia universitaria más y mayores son los obstáculos

los para la realización de los fines del pensamiento universal.

De todo lo anterior se desprende una propuesta concreta que es la de transformar los puestos burocráticos en cargos académicos honoríficos, cuya única retribución sea el reconocimiento y cuya única misión sea producir nuevos objetos, ideas y conocimientos. Hacer que los profesores-investigadores de tiempo completo tomen a su cargo, con salarios dignos y sin intermediarios, la conducción de las investigaciones, la formación de los alumnos y la difusión de los resultados. Para ello hace falta la descentralización de los recursos, la democratización de las estructuras, pero también, el examen periódico, académico y no burocrático, del grado de "sabiduría" alcanzado por el profesor-investigador. ▲

